



JOAN & WOLF



Romance en el castillo

1

El funeral por Sybilla de Bonvile se celebró en la catedral de Lincoln, un día nublado y de viento. Nell de Bonvile caminó con sus padres tras el ataúd de su única hermana, que seis caballeros portaban a hombros por el pasillo central del templo hacia los pies del altar.

El arzobispo esperó allí para rociar el féretro con agua bendita. Después ascendió con majestuosidad hasta el altar a dar la misa.

Nell se arrodilló junto a su madre para escuchar las palabras en latín, con los ojos fijos en el ataúd donde reposaba su hermana Sybilla, de dieciocho años. Sentía una tristeza inmensa al pensar en que unas fiebres se habían llevado la vida de su hermana.

«Si hubieran llamado a la hermana Helen quizá

se hubiera salvado», pensó Nell. Pero la hermana Helen, una de las monjas del convento donde Nell había vivido desde que tenía ocho años, no había recibido aviso ninguno, y Sybilla había muerto.

Junto a Nell, su madre se cubrió el rostro con un pañuelo y comenzó a sollozar. Nell quería consolarla, pero no se atrevía a tocarla. No estaba segura de que su madre quisiera el consuelo de su única hija viva. Nell sabía que nunca podría ocupar el lugar de su bella hermana ni de su brillante hermano. Quizá su madre se sintiera herida si ella le recordaba que los dos habían muerto y que lo único que le quedaba era ella.

Miró a su padre. El conde de Lincoln tenía una expresión pétrea. No hizo ni un solo gesto para consolar a su esposa.

Tímidamente, Nell le tocó el brazo a su madre. La condesa ni dio señal de notar los dedos de Nell; continuó sollozando suavemente. Después de un minuto, Nell apartó la mano y continuó rezando.

«Querido Dios, por favor recibe a Sybilla en la alegría de tu presencia y ayuda a mamá y a papá a que encuentren consuelo para su dolor».

Cuando terminó la misa, dejaron el ataúd de Sybilla en la iglesia, donde sería enterrada junto a su hermano.

Nell, sus padres y su tía Alida, la hermana de su madre, se habían quedado a pasar la noche en la residencia del obispo, pero Nell sabía que, habiendo terminado el funeral, su padre estaría ansioso por volver a su castillo de Bardney, a unos treinta kilómetros de

Lincoln. Les dio órdenes a sus caballeros para que les llevaran los caballos, mientras Nell observaba aquella parte de Lincoln, desconocida para ella.

Nell se había pasado la mayor parte de su vida en un convento, y aquella visión del mundo exterior era fascinante. La gente iba de un lado a otro para atender sus asuntos, saliendo y entrando del castillo, que se erguía ante ellos sobre una peña, o comprando y vendiendo en los puestos que se alineaban junto a uno de los muros de la fortificación. Muchos ojos se posaron con curiosidad sobre el cortejo funerario, porque todos los aldeanos sabían a quién se había enterrado aquel día.

Una anciana pasó frente a la catedral y miró a Nell fijamente. Nell sintió la solidaridad que le dirigía con la mirada, y asintió ligeramente para agradecérsela. La mujer le devolvió el saludo y continuó su camino.

Nella sabía que aquella muestra de respeto debería ir dirigida a su madre y a su padre, y no a ella. Ella apenas había conocido a su hermana. Las habían separado cuando eran muy pequeñas, y Sybilla apenas había ido a visitarla al convento.

—Nell, no te quedes ahí parada y haz el favor de montar tu caballo —le dijo su padre con impaciencia. Ella se acercó a la yegua que le estaba sujetando uno de los caballeros y le permitió que la ayudara a montar; aún estaba un poco dolorida de la cabalgada del día anterior, puesto que no tenía ninguna práctica.

Su padre montó en su gran corcel castaño, y los

caballeros que dirigían el cortejo se pusieron en marcha. El corcel de su padre los siguió, seguido de su madre, la hermana de su madre, la tía Alida, y de Nell. Tras ellos iba otro grupo de caballeros para proteger la parte posterior del grupo.

El viento le revolvió el velo a Nell, y ella se llevó las manos a la cabeza para sujetárselo. No iba a profesar los votos sagrados hasta que tuviera dieciocho años, pero las novicias de los conventos llevaban tocas y velos como las monjas.

La cabalgata del conde atravesó el pueblo de Lincoln y tomó la carretera sur, hacia Bardney. El convento de Nell estaba hacia el norte. Dos días antes la habían recogido allí cinco de los caballeros de su padre, y se suponía que ella iba a pasar una noche en el castillo de Bardney y que por la mañana volvería al convento.

De camino hacia el castillo, pasaron junto a varios pueblecitos, arremolinados en torno a su iglesia, y por algunos campos donde las vacas pastaban plácidamente.

Nell había pasado los primeros años de su vida en Bardney, pero sus recuerdos de la vida en el castillo eran borrosos. Cuando ella tenía ocho años había nacido su hermano, el muy deseado varón, y sus padres la habían enviado al convento de Santa Cecilia para cumplir una promesa que le habían hecho a Dios cuando le pedían un hijo. La vida que ella conocía era la vida del convento; se había sentido como una extraña cuando había desmontado en el patio interior del castillo, dos días antes.

Se sintió aún como una extraña al pasar por el puente levadizo, sobre el foso y bajo el rastrillo que cerraba las puertas por las noches y en tiempos de guerra. La cabalgata cruzó el patio exterior, pasó por la segunda puerta al patio interior y se detuvo ante la torre del homenaje. Los caballeros desmontaron, y uno de ellos ayudó a Nell a bajar de la yegua.

Inmediatamente, siguió a su madre y a su tía hacia el gran salón. Nell se había quedado asombrada por el tamaño de aquella estancia cuando había llegado por primera vez, y en aquel momento, al mirar de nuevo a su alrededor, volvió a sorprenderse de su inmensidad. Observó los tapices pintados que adornaban las paredes. En el convento las habitaciones eran pequeñas y los muros estaban desnudos, salvo por los crucifijos de madera.

Su padre, lord Raoul, y su madre, lady Alice, se acercaron a las sillas que los sirvientes les colocaron cerca de la chimenea, y Nell y su tía los siguieron.

Después de que les sirvieran vino, el conde y la condesa tomaron un largo trago, pero Nell le dio un tímido sorbo a su copa.

En el convento, las novicias sólo bebían cerveza con las comidas. El vino era algo nuevo para ella.

—Bien —dijo el conde, después de dejar su copa sobre la mesa que había a su lado—. Ya está.

—No puedo creer que haya muerto —dijo lady Alice con tristeza—. No puedo creer que Dios sea tan cruel.

—Dios hace lo que le viene en gana —respondió el conde.

Nell miró a su padre con horror.

Él se dio cuenta y dijo en tono destemplado:

—Pese a lo que hayas podido oír en tu convento, es cierto. No hay lógica en las tragedias de la vida. Ninguna religión puede explicarme por qué he perdido a mi hijo y a mi hija. Dios hace lo que le viene en gana, y no responde a ninguna pregunta.

Nell intentó pensar en qué podía contestar a aquellas palabras tan espantosas.

—Es cierto que no conocemos la mente de Dios, pero debemos confiar en que tiene un plan que nosotros no entendemos —dijo, repitiendo lo que había oído más de una vez en el convento.

—No creo que quiera entender un plan por el que me ha quitado a mi hijo y a mi hija —dijo su padre, mirándola fijamente.

Nell se mordió el labio.

«Está sufriendo», se dijo para excusarlo. «No lo dice de veras».

Una vez más, el silencio cayó sobre el pequeño grupo que estaba junto al fuego. Su madre lloraba, y su padre contenía su ira.

«Ojalá pudiera consolarlos», pensó Nell acongojada. «Me siento tan inútil aquí...».

Su madre se enjugó las lágrimas y la miró.

—No sé qué vamos a hacer con tu ropa. Eres mucho más menuda que Sybilla.

—Podemos arreglar los vestidos de Sybilla —dijo Alida—. Podrá usarlos mientras se le hace su ropa.

¿Ropa? Nell miró a su tía y a su madre con asombro.

—¿Para qué necesito ropa, mamá? Tengo el hábito.

Su madre y su padre intercambiaron una mirada.

Después, el conde se dirigió a ella de nuevo.

—No vas a volver al convento, Nell. Tú eres mi única hija, y tienes un deber para con tu familia. Te quedarás aquí, en Bardney.

Nell abrió los ojos, muy azules, de par en par.

—¿No voy a volver al convento? ¡Pero si voy a profesar en seis meses!

—Tú no vas a ser monja. Ahora eres la heredera del conde de Lincoln, y ésa es una posición mucho más importante que la que pudiera alcanzar cualquier monja.

Nell estaba completamente confusa. ¿No iba a volver al convento? ¡Pero si el convento era toda su vida!

El conde continuó:

—Escribiré a la madre superiora para hacerle saber mi decisión. Nos equivocamos al enviarte allí hace todos esos años. Es cierto que Dios nos dio un hijo, pero después nos lo arrebató. No le debo una hija, también. De ahora en adelante estarás aquí, con nosotros.

Nell estaba sentada en la habitación de su hermana, entre todas sus cosas. Las arcas de madera

alienadas contra las paredes contenían los ropajes de Sybilla; la colcha de la cama tenía bordada la inicial de Sybilla; los tapices de la estancia eran producto del pincel de su hermana. Cuando su madre la había instalado en la habitación de Sybilla, Nell había supuesto que era porque las demás habitaciones estaban ocupadas; En aquel momento se daba cuenta de que era porque ella estaba destinada a ocupar el lugar de Sybilla.

«Pero yo no soy Sybilla. Mi vida ha tomado un camino distinto. No pertenezco a este lugar; ésta ya no es mi casa. La madre superiora no permitirá que deje el convento».

La madre superiora intercedería ante su padre y lo convencería para que la dejara en el convento, donde ella siempre había sido tan feliz y se había sentido tan segura.

«Debo encontrar el modo de ver a la madre superiora».

Sin embargo, Nell sabía que su padre no le permitiría volver al convento si sabía que ella quería que la madre intercediera en su nombre. Tenía que pensar otra excusa para pedir que le permitieran volver al convento.

«Le diré a mi padre que quiero despedirme de las monjas. Seguramente, no me negará eso. Después de todo, ellas han sido mi familia durante los últimos nueve años».

Acababa de tener aquella idea cuando se abrió la puerta de su dormitorio y entró su madre.

—No quiero que lleves la toca durante la cena

—le dijo lady Alice a Nell—. Quítatela y enséñame tu pelo.

De mala gana, Nell se quitó el velo y la toca. Tenía el pelo de color castaño, peinado hacia atrás y recogido en una trenza que le llegaba hasta la cintura.

—Gracias a Dios que no te lo han cortado —dijo su madre, aliviada.

—Me lo iba a cortar cuando tomara los votos —dijo Nell.

—Bueno, ya no los vas a tomar, así que no tienes que preocuparte más por eso.

A Nell nunca le había preocupado que le cortaran el pelo.

En aquel momento, pensó que debería intentar convencer a su madre para que la ayudara a conseguir aquella visita al convento para hablar con la madre superiora.

—Mamá —dijo Nell, mientras su madre comenzaba a deshacerle la trenza—. Quiero volver al convento a despedirme de las monjas. Ellas han sido muy buenas conmigo, y sería grosero por mi parte irme sin decirles adiós.

—Por Dios —dijo su madre—. ¿Con cuánta frecuencia te lavas el pelo? ¡Lo tienes grasiento!

En el convento, lavarse el pelo no era lo más importante del mundo.

—No lo sé —dijo Nell.

—Bueno, pues hay que lavártelo antes de que puedas mostrarlo. Será mejor que vuelva a hacerte la trenza. Mañana te lo lavaremos.

—¿Me oyes, mamá? —dijo Nell con un poco de desesperación—. Me gustaría volver al convento a despedirme.

Su madre continuó haciéndole la trenza.

—Bueno, supongo que será posible. Tendremos que hablar con tu padre.

—¿Podemos pedírselo esta noche?

—Ya veremos.

Cuando lady Alice terminó de recogerle el pelo a su hija, hizo que se volviera y la miró a la cara.

—Tu vida va a ser muy diferente de la que llevabas antes, Nell, y me doy cuenta de que, al principio, será duro para ti. Haré todo lo que pueda por ayudarte.

Nell bajó los ojos.

—Gracias, mamá —murmuró.

Lady Alicia observó a su hija con la cabeza ladeada.

—Supongo que tendrás que llevar ese hábito hoy a la cena. Haré que mis damas te arreglen algunas de las túnicas de Sybilla. Al menos, si les subimos los bajos, podrás ponértelas.

«No quiero la ropa de Sybilla», pensó Nell obstinadamente.

—Vamos —le dijo su madre—. Es hora de bajar a cenar.

2

La cena se sirvió en el gran salón. En la mesa principal, situada en el estrado, junto a la chimenea, se sentaron los señores de la casa, Nell, lady Alida, el padre Clement, el capellán y Martin Demas, el administrador de Bardney Castle. Tras la mesa se situaron dos escuderos preparados para servir la mesa.

Nell observó la carne de venado asada y el trozo de pan que había sobre su plato y tuvo náuseas. Estaba demasiado disgustada como para comer. Tenía la boca seca, así que tomó un sorbo de vino. Después, miró con envidia a los personajes menos importantes del castillo, que estaban sentados en las otras mesas de la sala, y a quienes se les servía cerveza.

—Come algo —le dijo su tía Alida—. La comida es buena en Bardney. Te gustará.

Sí parecía que a su tía Alida le gustara la comida. Era una mujer bajita y regordeta, que a Nell le recordaba a una paloma. Alida había sido una de las muchas hijas de sus padres, a las que no habían podido pagarle una dote para encontrar un buen marido. Finalmente, se había quedado soltera y había ido a vivir con su hermana Alice.

Nell la recordaba vagamente del tiempo que había vivido en el castillo de sus padres, pero la sonrisa de su tía era amable, y ella la sonrió también.

—Creo que no tengo demasiada hambre —dijo ella—. Me han ocurrido demasiadas cosas en los últimos días. Tengo el estómago revuelto.

Su madre se volvió hacia ella.

—¿No estás comiendo, Nell?

Nell tomó un poco de carne y la tragó con esfuerzo.

—Sí, madre, estoy comiendo.

Alice habló a su hermana por delante de Nell.

—¿Crees que podremos arreglar la ropa de Sybilla para que le valga a Nell? No sólo deberemos subirle los bajos; habrá que meter todas las prendas.

—Sí podremos —respondió Alida—. Empezaremos enseguida.

—Sí —asintió Alice—. Necesita otra cosa que no sea ese hábito negro.

Alida le dio unas suaves palmaditas a Nell en el brazo.

—No te preocupes. Eres una muchacha muy guapa, y enseguida te encontraremos algo que te vaya bien.

«Espero que no», pensó Nell, y se giró hacia su madre.

—Mamá —le dijo—, que no se te olvide preguntarle a mi padre si puedo ir a Santa Cecilia.

Alice la miró con exasperación.

—Te dije que hablaría con él, y lo haré cuando sea el momento.

—¿Hablar de qué? —le preguntó Alida a su hermana.

—Nell quiere volver al convento a despedirse de las hermanas —dijo Alice.

Alida asintió con un gesto de aprobación.

—Me parece muy bien. Es lo más educado que puede hacer.

Nell sonrió a su tía con gratitud.

Tuvo que esperar durante toda la cena para que su madre tuviera oportunidad de preguntar a su padre, porque lord Raoul estaba concentrado en su conversación con Martin Demas, y no miraba a su esposa. Finalmente, cuando hubieron retirado los platos y se estaba sirviendo el postre, él se volvió hacia las tres mujeres.

—¿Te ha gustado la comida, Nell? —le preguntó él.

—Sí, padre —mintió ella.

—Bien. Me imagino que no comías así en el convento.

—No, padre.

—Milord —comenzó Alice—, Nell desea volver al convento a despedirse de las monjas. Yo creo que sería de buena educación que lo hiciera. Después de todo, ha vivido allí durante nueve años.

Lord Raoul frunció el ceño.

—Oh, está bien. Supongo que podré enviar a unos cuantos soldados con ella —dijo. Se volvió hacia Martin Demas y habló brevemente con él. Después se giró de nuevo hacia Nell—. Está bien. Puedes ir mañana mismo y resolverlo. Puedo enviar cinco hombres contigo.

—No es necesario que envíes cinco hombres, padre —dijo Nell.

—Sí lo es —replicó él—. El país está al borde de la guerra civil, y los forajidos se aprovechan de la situación de caos —le explicó, y la miró con gravedad—. Tú eres lo único que me queda, Nell. No quiero perderte a ti también.

Durante un instante, el dolor se reflejó en la mirada de su padre, y después pasó. Nell se sintió muy culpable por estar intentando apartarse de él.

Cuando la cena terminó, Nell siguió a su madre y a su tía al salón del piso de arriba, que sólo usaba la familia, mientras los demás se quedaban en el gran salón conversando y jugando a los naipes. Nell sólo pensaba en lo que le diría al día siguiente a la madre superiora. Ella se pondría de su lado, sin duda. Siempre la había tenido afecto. Nell rezó para que le dijera a su padre que era la

voluntad de Dios que su hija permaneciera en el convento.

A última hora de la tarde del día siguiente, Nell llegó a las puertas del convento de Santa Cecilia. La portera la saludó y después llamó a los mozos para que se hicieran cargo de los caballos.

Cuando entraron al recinto del convento, Nell les indicó a los soldados donde se encontraban las habitaciones de los huéspedes, donde pasarían la noche, y les dijo que se instalaran cómodamente. Después miró con anhelo hacia el otro lado del patio, donde se encontraba el huerto de hierbas medicinales, donde ella había pasado muchas horas aprendiendo de la curandera del convento, la hermana Helen.

La hermana Helen había sido como una madre para ella. ¿Cómo iba a soportar la separación?

Apresuradamente, cruzó el patio y se dirigió hacia la cabaña alta y estrecha de la madre superiora. Le latía el corazón con fuerza. Una hermana lega le abrió la puerta y después de saludarla, se acercó al despacho de la madre Margaret de Ligne. Llamó a la puerta y, al recibir el permiso, entró.

La madre Margaret, a pesar de provenir de una familia muy rica, era tan austera como la habitación en la que estaba sentada. Sin embargo, la expresión de su rostro se suavizó al ver a Nell.

—Así pues —dijo—, ya has regresado de enterar a tu hermana.

—Sí, madre. Y ha ocurrido algo de lo que debo hablar con vos.

—Pasa y siéntate —le dijo la madre Margaret—. ¿Cómo están tu madre y tu padre? Es algo horrible para ellos, el haber perdido a una hija tan joven. Estoy rezando por ellos.

—Gracias, madre —respondió Nell.

—Veo que no llevas la toca.

Nell se apretó las manos en el regazo.

—Mi madre hizo que me lo quitara. Madre, ha ocurrido algo horrible. Mi padre ha dicho que no puedo volver al convento, ¡que debo quedarme en casa y ocupar el lugar de mi hermana Sybilla!

Hubo un breve silencio, y después la hermana Margaret dijo suavemente:

—Presentía que podía ocurrir algo así.

Nell la miró con estupefacción, pero la monja continuó.

—Tu padre es un hombre muy importante, Nell. Posee muchas tierras y tiene muchos vasallos. Ha perdido un hijo y una hija, y necesita una hija que herede todas sus posesiones y continúe su linaje. No me sorprende que quiera que vuelvas a casa.

—¡Pero yo estoy dedicada a Dios, madre! ¡No puedo darle la espalda a Él!

—Cuando estabas dedicada a Dios, tu padre tenía un hijo y una hija. Ahora sólo te tiene a ti.

Nell no daba crédito a lo que estaba oyendo y, con cierta tensión, le dijo a la madre superiora:

—Esperaba que vos hablaríais con mi padre.

Esperaba que le diríais que la voluntad de Dios va por delante de la voluntad de los hombres.

La madre Margaret se inclinó ligeramente hacia delante.

—Mi querida hija, te echaremos mucho de menos. Le has dado mucha alegría a este convento. Pero debes obedecer a tu padre, Nell. Los mandamientos nos dicen que hay que honrar al padre y a la madre.

Nell se sintió traicionada. Hasta aquel momento había estado completamente segura de que la madre superiora lucharía por ella.

—Si vos hablarais con él quizá cambiara de opinión —le rogó.

La madre Margaret negó con la cabeza.

—Yo no interferiré. Tú podrás continuar sirviendo a Dios, sea cual sea tu situación en la vida, Nell. Ostentarás una alta posición, una posición desde la cual puedes afectar a muchas vidas, a muchas más de las que podrías afectar en este convento. Quizá Dios tuviera este plan para ti durante todo el tiempo. Ahora es el momento de que apliques todo lo que has aprendido a la vida que llevarás como señora de mucha gente fuera de este convento.

—Pero yo no quiero marcharme de aquí —dijo Nell, llorando—. ¡He sido feliz aquí!

—Me alegra saber eso, hija mía, pero tu deber está en otra parte. Tu familia te necesita más que nosotros.

Hubo un silencio. Nell hundió la cabeza entre los hombros y miró hacia su regazo.

—Pensaba que os pondríais de mi parte.

—Mírame —le pidió la madre superiora.

De mala gana, Nell alzó la mirada.

—Tu trabajo será hacer el bien en el mundo —le dijo la superiora—. Ésa es una tarea mucho más ardua que rezar entre los muros protectores de un convento, pero yo estoy segura de que tú estarás a la altura.

«No, no lo estaré», pensó Nell. «No quiero salir al mundo exterior».

La madre superiora continuó:

—Una de las cosas que podrás hacer será curar a los enfermos. La hermana Helen me ha dicho que eres una curandera casi tan experta como ella. Nosotros tenemos a la hermana Helen, así que no necesitamos otra curandera; sin embargo, hay mucha gente en el mundo que necesitará de tu sabiduría, Nell. Eso es algo que puedes hacer por Dios. Además, deberás ser una buena hija para tus padres. Ellos te necesitan ahora.

Nell apretó los labios obstinadamente y no dijo nada.

La madre Margaret se puso en pie y Nell la imitó.

—Estoy segura de que querrás despedirte de todas las hermanas. Vamos, cena con nosotras en el refectorio y yo permitiré un relajo en el voto de silencio para que podáis conversar.

No había nada más que Nell pudiera decir. La madre Margaret ya había tomado una decisión. A Nell se le llenaron los ojos de lágrimas. Iba a tener que dejar el convento.

La madre superiora dijo:

—Estoy segura de que querrás ir a darle la noticia a la hermana Helen. Creo que a estas horas estará en su huerto. Ve a verla.

—Gracias, madre —dijo Nell, a pesar del nudo que tenía en la garganta.

Bajó las escaleras y salió de la casa, abatida. Recorrió el sendero que descendía suavemente hacia el huerto de hierbas medicinales. Estaba rodeado por una valla de madera, y junto a él se erguía una pequeña cabaña, de cuya chimenea salía una columna de humo. Nell pasó por la puerta de la valla y entró en la cabaña.

De espaldas a la portezuela había una monja observando un cazo de cristal que estaba sobre una pequeña cocina. Al ver la figura familiar, a Nell se le anegaron nuevamente los ojos de lágrimas.

—Hermana Helen —dijo.

La monja se volvió.

—¡Nell! ¡Ya has vuelto! ¿Cómo estás? ¿Cómo están tus padres? —le preguntó, y se acercó a Nell.

—Oh, hermana Helen —dijo ella, mientras comenzaba a llorar—. Ha ocurrido algo terrible. Mi padre me ha dicho que debo dejar el convento e ir a vivir con ellos a su castillo. ¡Quieren que ocupe el lugar de mi hermana!

Se hizo el silencio. El olor acre de la mezcla de hierbas llenó la cabaña.

—Oh, querida —dijo la hermana Helen con la voz llena de tristeza y de comprensión.

Nell comenzó a sollozar.

—Le pedí a la madre Margaret que intercediera ante mi padre, pero dice que no. Dice que debo obedecer a mis padres y dejar el convento.

La hermana Helen tomó las manos de Nell y le habló con seriedad.

—La madre Margaret no puede decir nada con respecto a tu futuro, Nell. Tú eres la hija de un hombre muy poderoso. Si el conde quiere que vuelvas a casa, debes hacerlo.

—¡Pero él me abandonó! Mi madre y él me dejaron. No me querían, hermana Helen. Y ahora tampoco me quieren. Lo único que sucede es que necesitan una hija. No es justo que mi vida se vuelva del revés sólo porque ellos hayan cambiado de opinión.

Nell se acercó a la hermana Helen y la hermana la abrazó. Hubo un largo silencio, durante el cual sólo se oyeron los sollozos de Nell y el borboteo del cazo al fuego. Después, la hermana Helen dijo suavemente:

—Escúchame, Nell. Puede ser que Dios tenga planes diferentes para ti que quedarte en el convento. Saldrás al mundo de los grandes. Estarás en posición de hacer mucho bien. Quizá ése sea el plan que Dios tiene para ti.

—Eso es lo que dijo la madre Margaret, pero yo no creo que sea verdad. Yo creo que debo ser monja.

La hermana le dio unas palmaditas en la espalda.

—Creo que deberías hacerle caso a la madre superiora. Es una mujer muy sabia, Nell.

—¡No quiero separarme de vos, hermana Helen! —dijo Nell con vehemencia—. Vos siempre habéis sido mi mejor amiga. Habéis sido más madre para mí que mi madre real.

La hermana Helen le puso las manos sobre los hombros y la apartó de sí para mirarla a los ojos.

—Dios sabe que yo te echaré mucho de menos. Muchísimo. Pero debemos plegarnos a la voluntad de Dios, querida mía. Para eso venimos a este mundo.

—Es la voluntad de mi padre —replicó Nell entre lágrimas—. No creo que sea la voluntad de Dios.

—Escúchame, Nell. Sé que esto es difícil para ti. Tu vida va a ser muy distinta de la que llevabas aquí, pero es importante que sientas que estás haciendo la obra de Dios en tu nueva vida. Es fácil ser religiosa en el convento, mucho más que serlo extramuros. Pero ése es ahora tu destino, y debes aceptarlo por muy duro que sea. ¿Me estás escuchando?

Nell asintió.

—Sí, hermana.

—Bien. Apiádate de tu padre en vez de culparlo. Es un hombre que ha perdido a dos hijos. Y tu madre también. Demuéstrales que eres una buena hija. Ellos te necesitan ahora.

«Nunca me han necesitado antes».

—¿Me has oído, Nell? —le preguntó de nuevo la hermana Helen con suavidad.

Nell intentó dejar de llorar.

—Sí, hermana, pero sigo pensando que no es lo correcto.

—Es importante que hagas todo lo que puedas en la vida que te ha tocado vivir —le dijo la hermana Helen—. Prométeme que pensarás en lo que te hemos dicho la hermana Margaret y yo.

Nell no respondió.

—¿Nell?

—Lo prometo —dijo por fin en voz baja.

La hermana Helen le apretó los hombros y después bajó las manos.

—Te echaré de menos —le dijo con tristeza.

—¡Oh, y yo a vos!

De nuevo, la hermana Helen abrazó a Nell, en aquella ocasión con más fuerza. Nell percibió el olor a hierbas medicinales que siempre impregnaba el hábito de la hermana Helen.

—¿Puedo venir a visitaros? —le preguntó.

—Siempre serás bienvenida.

Finalmente, la hermana Helen relajó los brazos, y Nell se apartó. Entonces, la monja dijo:

—Bueno, es hora de ir a cenar. Voy a quitar el cazo del fuego y después podemos ir al refectorio.

Nell asintió, compungida, y esperó a que la hermana Helen apartara el cazo del fuego y apagara el fogón. Después, las dos mujeres ascendieron juntas por la colina.

3

Era tarde cuando el conde de Wiltshire y su nieto volvían de inspeccionar las defensas de los muchos castillos y casas cuyos señores debían lealtad al conde. El conde de Wiltshire era uno de los señores más poderosos del reino. Gobernaba Wiltshire, Dorset, Somerset, Hampshire, Surrey, Buckinghamshire, Hertfordshire y Oxfordshire. Dado que el país estaba abocado a la guerra civil entre el rey Stephen y su prima, la emperatriz Mathilda, el conde había pensado que era importante ir a visitar a los señores que le debían vasallaje para recordarles que el conde era leal al rey Stephen.

El conde se volvió hacia su nieto de veintidós años y le dijo:

—Me alegro de volver a casa. Llevamos mucho tiempo fuera.

—Salimos a principios de la primavera, y ya estamos a mediados de verano —respondió Roger—. Pero el viaje ha ido muy bien, creo.

—Es sabio dejarse caer de vez en cuando —le aconsejó el conde—. Recuérdalo, hijo mío. No hay nada como una pequeña inspección para que un hombre se mantenga honesto.

—Sí, abuelo —respondió Roger.

—Sin embargo, estoy deseando sentarme en mi propio salón —dijo el conde—. Soy demasiado viejo como para pasar tantas horas sobre el caballo.

Roger sonrió.

—Tienes más resistencia que la mitad de los soldados que nos acompañan.

—Digamos que me conservo bien —dijo el conde—. Cuando lleguemos a casa, nos concentraremos en preparar tu boda.

—Ah, sí. La boda. Aún no puedo creer que convencieseras al rey para que te permitiera forjar esta alianza.

—Ha sido un incentivo. Sabe que necesita mi lealtad. Que Wiltshire se alineara con el bando de la emperatriz sería una catástrofe para Stephen. Tenemos demasiadas tierras como para arriesgarse a perdernos.

Roger sacudió la cabeza con asombro.

—Pero... ¡unir los condados de Wiltshire y Lincoln! Los de Roches serán la familia más poderosa del reino.

El conde sonrió astutamente.

—Lo sé. Controlaremos Lincoln y Wiltshire. Seremos tan poderosos como el rey, Roger, y el conde de Chester se pondrá furioso.

—El actual conde de Lincoln está vivo, abuelo —señaló Roger—. La unión de los dos señoríos no se hará real hasta que él muera y su hija herede.

—Raoul de Bonville quiere lo que quiere. Quiere que su sangre sea la más importante del reino. Por eso accedió a este matrimonio.

Siguieron cabalgando unos minutos en silencio, mientras Roger pensaba en la muchacha con la que iba a casarse, a la cual no conocía.

—Espero que Sybilla sea guapa.

—No importa cómo sea —dijo el conde—. Lo que importa es lo que nos traiga. Los condes no se casan por una cara bonita, hijo mío, y tú eres el futuro conde.

Hubo un corto momento de silencio. Después, Roger dijo:

—Sí, lo sé. Pero ayudaría si fuera guapa.

—No hay razón para pensar que no sea guapa. Su madre es una mujer muy bella.

Cabalgaron unos kilómetros más en silencio, hasta que el conde dijo con satisfacción:

—Allí está Wilton.

Roger alzó la cabeza y miró al castillo que acababa de aparecer a la vista. Lo primero que veía uno al aproximarse a Wilton era la impresionante muralla de piedra, con sus dos torres gemelas a cada lado de la puerta. Sobre las torres ondeaban

banderas de color púrpura con el emblema de los de Roche, un leopardo.

—Es impresionante —dijo el conde con orgullo. Era un comentario que hacía frecuentemente—. Los muros tienen cinco metros de espesor. Ninguna artillería podría romperlos. De todos los castillos que hemos visto durante estos dos últimos meses, ninguno puede comparársele a Wilton.

Roger asintió, compartiendo aquel orgullo. El hogar del conde de Wiltshire era el castillo más grande, aparte del castillo real, del país. Era una de las razones por las que su abuelo era tan poderoso.

En unos minutos el cortejo del conde atravesó el puente levadizo y entró al recinto fortificado. Los soldados desmontaron en el patio exterior, y Roger y su abuelo continuaron a caballo hacia el patio interior, al que accedieron atravesando una segunda puerta protegida con otro rastrillo. En cada esquina de aquellos muros interiores había una torre cuadrada.

El soldado de guardia les dio la bienvenida, y varios mozos acudieron corriendo para hacerse cargo de los caballos de Roger y de su abuelo. Los dos hombres entraron a la torre del homenaje y subieron al tercer piso, donde se encontraba el gran salón. La sala estaba vacía en aquel momento, y la chimenea apagada. Había dos sillas de madera tallada frente al hogar, y junto a una de ellas, un perro dormido.

—¡Gawain! —gritó Roger, y el perro alzó la cabeza—. ¡Soy yo, amigo! —dijo Roger—. He vuelto.

Al reconocer la querida voz de su amo, el perro se puso en pie y corrió hacia él ladrando de alegría. Roger se puso en cuclillas y el perro estuvo a punto de tirarlo al suelo cuando llegó hasta él. Roger se rió e intentó tranquilizar al animal, pero Gawain estaba demasiado eufórico como para quedarse quieto. Rodeó a Roger corriendo, ladrando excitadamente.

El conde dijo con indulgencia:

—Nadie diría que ya tiene once años.

Roger se rió.

—Es como tú, abuelo. Lleva la edad con ligereza.

Finalmente, el perro se calmó lo suficiente como para que Roger pudiera acariciarlo.

—Es un buen perro —dijo el conde—. Te adora.

—Porque sabe que yo también lo quiero —respondió Roger. Se puso en pie y se quitó el yelmo, lo que dejó a la vista su pelo rubio dorado.

—Aún quedan dos horas para la cena. ¿Te apetece una copa de vino, abuelo?

—Me parece buena idea. Mis pobres huesos están doloridos de tantas horas de cabalgata.

Los dos hombres se acercaron a las sillas que había frente a la chimenea y se sentaron. En aquel momento, la puerta del gran salón se abrió de nuevo y aparecieron dos pajes que los ayudaron a quitarse las cotas de malla. Ninguno de los dos llevaba la armadura completa.

Cuando quedaron en túnica, lo que les propor-

cionó frescor y comodidad, se sentaron y tomaron vino, disfrutando de la tranquilidad de su propio salón. La puerta se abrió a los pocos instantes y apareció un anciano.

—Simon —dijo el conde a modo de saludo—. Acércate y cuéntanos lo que ha ocurrido durante nuestra ausencia.

Simon, que había sido paje del conde cuando era joven y que después había pasado a ser su administrador, cruzó la sala con una sonrisa en el rostro.

—Milord, qué feliz estoy de ver que habéis regresado sano y salvo.

—Gracias. Yo también me alegro de estar en casa.

Simon se dirigió a Roger.

—Es un placer también veros a vos, milord.

—¿Cómo estás, Simon? —le preguntó Roger—. ¿Qué tal van las articulaciones?

—Estoy bien, milord. Las articulaciones me duelen, sí, pero si Dios ha querido darme esta carga, debo vivir con ella.

El conde intervino.

—¿Ha ocurrido algo en mi ausencia que yo deba saber?

—Habéis recibido una carta del conde de Lincoln, milord. Llegó hace una semana, y como sabía que ibais a volver pronto, no intenté mandáros-la. ¿Queréis que la traiga ahora?

—El conde de Lincoln —repitió el conde, mirando a su nieto—. Me pregunto de qué tratará esa carta.

—Quizá tenga algo que ver con la boda.

—Trae la carta, Simon —dijo el conde.

Simon asintió y salió del salón para buscar la misiva. Mientras, el conde y Roger comenzaron a conversar.

—La boda debe celebrarse pronto —dijo el conde—. Todo el mundo quiere que se lleve a cabo antes de que la emperatriz Mathilda y su hermanastro, Robert de Gloucester, desembarquen en Inglaterra para levantarse en armas contra el rey Stephen.

Roger estaba de acuerdo con su abuelo en que aquel matrimonio era un gran avance para su familia, y se sentía un poco avergonzado porque aquello le pusiera tan nervioso. Se sentía más cómodo hablando de la situación política.

—Si la emperatriz y sus tropas pueden desembarcar —dijo—. Stephen tiene todos los puertos importantes vigilados.

—Inglaterra tiene demasiada costa como para vigilar todos los lugares en los que podría desembarcar la flota de la emperatriz —dijo el conde—. Saldrán de Normandía y arribarán en cualquier puerto que Stephen no esté vigilando. Después se dirigirán a Bristol, el bastión de Robert. Desde allí comenzarán a enviar a sus mensajeros a todos aquellos cuyo apoyo esperan.

—¿Y quién crees que responderá a esa llamada, abuelo?

—Brian fitz Count probablemente se unirá a ellos, pero la mayor parte de los condes esperarán

a ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Por ejemplo, Rannulf de Chester querrá saber qué bando puede ofrecerle más. Muchos de ellos no tienen honor. Todos juraron vasallaje a Stephen, y ahora sólo están mirando por sus intereses.

«¿Y tú no has hecho lo mismo», pensó Roger, «forzando al rey a darme a la heredera de Lincoln en matrimonio a cambio de mantenerte leal a él?».

Sin embargo, Roger nunca le diría algo así a su abuelo.

—Tú vas a apoyar a Stephen porque piensas que es el mejor rey para Inglaterra, ¿verdad, abuelo?

—Claro —respondió el conde—. Stephen es un hombre y un guerrero, y es un descendiente directo del Conquistador, tanto como Mathilda. Ciertamente, Mathilda es la hija del viejo rey, pero Stephen es su sobrino, e indudablemente es la mejor opción para Inglaterra. La emperatriz nunca ha vivido aquí. El viejo rey la envió a Alemania para que se casara con el emperador cuando era una niña, y ha vivido en Normandía desde que el emperador murió. Su segundo marido, Geoffrey Plantagenet, está luchando por el trono de Normandía, y tiene poco interés en Inglaterra. Es Mathilda la que quiere Inglaterra para su hijo.

En aquel momento, Simon entró de nuevo al salón y se acercó a ellos con un pergamino enrollado en la mano. El conde le hizo un gesto para que se lo entregara a Roger.

—Mi vista ya no es lo que era —dijo—. Léemela, hijo mío.